

Un cuento

Tengo que escribir un cuento. No puedo dejar que el tiempo siga pasando. Debo cerrar los ojos a la noche que hay frente a mi ventana; al farol adormilado ahí en la esquina; al pavimento de la calle, negro a esta hora; a los muros negros del triste patio de luz que veo a pocos metros. Olvidarme de todo lo que me rodea, salirme de la realidad, y escribir —escribir cualquier cosa—, agresivamente, violentamente; no sé: con avidez, hasta que se acalambre mi mano y el sueño quiera dominarme y mi cabeza dé vueltas, confusa, en un delirio sordinado, ideando incoherencias, gimiendo en la forma en que gimen las maderas de un barco entre las olas. Hasta entonces y aún más, porque tal vez de ese torbellino pueda brotar el asunto adecuado. Un cuento original, que me envuelva, me absorba, me saque de esta pieza sola, y luego sea capaz de agarrar al lector y sumirlo en sus páginas (¡lee, lee!), obligándolo a llegar jadeante hasta el fin.

Para eso necesito emborracharme con mis propias palabras, echarlas al galope a caballo en la pluma: sin guiarla yo: que corra desbocada (como cuando lo hacía en broma), siguiéndome los pensamientos o adelantándose a ellos. Así, así, hasta que en algún instante un personaje, una historia, comience a tomar forma y se imponga por su propia fuerza. Varias veces he seguido el mismo camino, y resulta. No me dejo llevar: algo me lleva (¿el instinto?). A menudo, sin saber de qué modo empezar, me dedico a anotar soliloquios dispersos, de mí conmigo mismo. Insensiblemente se orientan, me orientan, adquieren sentido. Otras veces hago lo que ahora: anoto lo primero que viene a mi mente, y lo sigo, y jadeo y me enredo, por no detenerme.

Tengo que escribir un cuento.

En cuántas ocasiones he escrito esta frase, y ella trae otras frases, y de pronto me veo vivir con mis personajes, moverme junto a ellos, perseguir sus pasos, morirme de ganas de saber qué viene, y cómo termina, y filmar las escenas con la respiración agitada y un gozoso olvido de la realidad de en torno.

—Te vas —me decían.

Ah, cerrar los ojos. Olvidar los edificios y las casas vecinos, la calle que duerme, el cielo invisible (como si no hubiera nada allá arriba). Repasar mi memoria. Yo tenía algunos temas. El niño de los caballos. Un niño que quería a los caballos y se entendía, se acompañaba con ellos. Solía pararse en el patio o en el portón de una panadería, a observarlos. Les daba unas miradas largas, adivinando (como solo adivinan los niños) que sus vidas eran vidas vacías. Que debían de extrañar la libertad de los potreros, los sauces que él mismo había visto, el cielo que llega hasta el horizonte.

Me pregunto cómo, a esa edad, intuía esas cosas. No sé. Ni logro, siquiera, saber sin saber. ¿Por qué era, y cómo, que los comprendía y sufría con el tedio de esos animales? Sí: veía el encierro. Convivía algunas de las horas muertas en que los dueños los obligaban a estar en sus pesebreras. Vislumbro la imagen, no logro la idea. ¿Será que adivina, realmente? ¿Será que supone tan solo un sufrimiento que a lo mejor no padecen?

Es un buen asunto.

Trato de abordarlo.

Muy de mañana, casi al filo del alba, el chico llegaba a sentarse en la acera frente a la panadería. Aguardaba a que comenzaran a salir las carretelas del reparto...

No. Así no. Es más vivo ponerse en el alma del niño (tratar de entenderla). Cuál es su manera de ser. Qué lo lleva hasta ahí. Por qué su curiosidad es más seria y más honda que un mero prurito infantil. Y encontrarse con él desde cerca, cuanto antes. A ver:

El niño se sentó en la acera. Apoyó su cabeza en las manos, mirando hacia el frente. Pensaba. Su mente se perdía en...

No. Siento que aún no vive en mí el personaje. Sería incapaz de seguirle los pasos con algo más que el cerebro. En otros cuentos hay hombres y mujeres que son hijos míos. Y a veces son yo. Los concibo, los siento vivirme, los vivo a mi vez. Y de pronto aparecen enteros, libres, con ideas propias, y yo soy un padre que los mira actuar. Pueden ser más tristes, más bruscos, más débiles, de lo que los

imaginé. Pueden —suelen— tomar por caminos distintos de los que preví. Y entonces me voy detrás de ellos, y anoto, y anoto...

Este niño, en cambio, todavía es dócil. Pasivo. No se echa a caminar por sí solo. Parece esperar que lo anime y le diga: Levántate y anda. Darle órdenes sería matarlo.

Y de dónde saco yo fuerzas para transmitirle.

A veces, cuando esto me ocurre, me paro y, sin habérmelo propuesto, salgo a vagar por la calle. La plaza. El parque. La noche. El aire más limpio me refresca el rostro. Las cosas que observo a los lados me traen recuerdos. Los recuerdos me hacen fantasear. Un foco de luz amarilla me ayuda a emprender el vuelo a otros focos, otros momentos, algún encuentro que fue y se transforma ahora en algo distinto. Mi vuelo se va no sé a dónde. No importa. Lo que he visto me ayuda a ver cosas que no existen. Es que algo comienza.

Pero ahora no. Debo escribir ese cuento que todavía no empieza, aunque lo haya empezado. Escribir, llenar estas hojas de frases que luego yo mismo me obligue a repasar, simplificar, enmendar. Mejor: que ellas me obliguen y que, aun cuando las pule, no pierdan la fuerza interior. Pero cómo recobro la alegría de ir llenando la página. Cómo vuelvo a ser yo. Cómo logro salir de mi sensación de vivir en la nada. La nada es aquel muro opaco que tengo delante. Liso, vacío, sin ventanas ni grietas ni color real. Gris de humo y de mugre, igual que si nunca le hubieran pasado una brocha, pintura, intención. Desnudo hasta en eso.

Y yo no muy distinto.

Vacío también. Con el alma en blanco, sin otra noción viva que la de estar solo. Solo con mi nada, la abulia, el vacío, la tremenda sensación de gris. No diviso puertas, caminos, ni el cielo ni el sol. Ni siquiera esta noche que quizá sea fresca, que pudo ser grata, que no es. Si el muro del frente fuera el único muro que me impide ver...

¿Dónde está el mundo?

¿Dónde hay un paso hacia el mundo?

Mi pluma rasguña. No debo soltarla. Escribo —rasguño el papel—, en la esperanza de encontrar de pronto un sentido a lo que hago. Imposible evitar la impresión de que lo que acá pongo solo son letra muertas.

Muerta.

¿Por qué ella es mi muerta ahora? Ella era la vida. Lo digo y no digo nada: no habrá quién entienda. Ella era la vida. Repetía

mi nombre y yo el suyo. Ambos constituían parte de un lenguaje en clave, incomprensible para cualquier ser ajeno. Nuestra intimidad se movía en detalles. El nombre, la mano que entibia a la mano, o que roza en silencio el cabello. El: «¿No estás cansado?» que hacía olvidar el cansancio. Mirarse a los ojos, sin una palabra. Adivinar la sonrisa que ni aun asoma en los labios del otro. Saberla para uno. El mundo era muy pequeño, y remoto.

Lo nuestro era tan nuestro que nadie entendía. Incluso mi madre preguntaba a veces:

—¿Te quiere?

Qué iba a contestarle. ¿Qué sí? ¿Y qué podría transmitirle con eso? El querernos los dos eran cosas a las que no se podía imponer un nombre. Compartir el gusto por la música sin aspavientos que viene en el agua, saborear juntos un trozo de sandía, o mirar sin cansarnos el vuelo de unas nubes, espiar a la abeja que hurguea en la flor... Ni siquiera ella y yo nos decíamos nada. Decíamos: «Mira», y en la misma palabra venía el comentario.

Ella era la vida. Éramos felices. Había que ocultarlo.

Nos escondíamos tan bien entre la gente. Podíamos ir por la calle, entre muchas personas, y a los dos nos bastaba sabernos. Sin dejar fuera a nadie, éramos los dueños de una atmósfera nuestra. Ella era la vida. Vivíamos porque sí. No habría manera de explicárselo a nadie. Yo sé que tal vez todos vivimos esas experiencias; sin embargo, no hubiera podido romper el misterio. Lo protegía incluso. Incluso frente a la pregunta de mi madre:

—¿Te quiere?

Si mi padre la oía, quizá murmurara:

—Déjalos, mujer —pero en el fondo es probable que él pensara lo mismo.

Ella era la vida. Nos unía algo tan simple y tan claro, y tan indescifrable a la vez, como el hecho de amarnos. Hay quienes dejan traslucir lo que sienten. Muestran una parte de su mundo interno. Nosotros nunca perdimos el pudor que era un ingrediente esencial de... No éramos normales, tal vez. No nos entendían, como si fuera posible entender lo que un...

(Página arrancada.)

...porque deseaban saber. Yo podía contarles —¿por qué, para qué?— una historia tan hermosa que les sonaría trivial. Una

historia inútil aun para el cuento que quiero escribir. De nuevo: qué inútiles serían las palabras. Quizá nadie en el mundo haya dejado de decir Te quiero. Y nadie, nadie, nadie, dice al decirlo lo mismo que el otro. Fracasa el lenguaje. No hay puente. Ternura, caricia, amor... Cada cual las inventa cuando repite sus nombres. Lo llevan a él dentro, la llevan a ella. Te quiero contiene en sus letras a quien lo pronuncia.

No hay cómo pintar una vida feliz; el asombro de descubrir que ella es novia, esposa, y que es una con uno. Despertar con la sensación de haber dormido solo y comprobar que no, ya no se está solo. Y que ese milagro —porque uno le llama milagro, a falta de alguna palabra que diga lo que es realmente—, además de milagro, llegue cada vez por sorpresa. Que se sepa desde antes no la disminuye.

Ella era la vida, tan viva, y ya no es.

La vi consumirse, su rostro pálido sobre la misma almohada en que la veía despertar. Me decía que estaba bien. Sonreía, disimulando el profundo cansancio de su enfermedad. Hablábamos cosas triviales, como si importaran. Mientras, yo sentía en sus ojos el brillo de la despedida. Iba diciéndome adiós, sin palabras, sin gestos... (Palabras tarjadas).

Un día se murió.

Se murió con una suavidad terrible. Nadie entendería si digo que adiviné en sus facciones un rastro de excusa (Perdona, me voy). Yo tomé su mano igual que me atreví a tomarla la primera vez. Estaba muy fría. No sentí respuesta. Seguía siendo suave. ¿Pero qué dice suave?

(Página arrancada.)

...sentido tiene escribir que era tan intenso sentir su mano entregada a mi mano?

¿Quién podría entender sin ser yo? ¿Quién podría intuir de qué modo vivíamos en el mundo de lo cotidiano sin dejar de ser libres? ¿Sin contar minutos, ni pesos, ni días? O mejor: midiendo todo eso, pero desde lejos, de paso. Ajenos, quizá.

(Líneas tarjadas.)

Una vez traté de escribir sobre aquello. Fue saliendo una especie de poema en prosa. Pensé llamarlo «Huellas junto al mar».

Ya el nombre me traía sensación de brisa, y el olor a yodo y a sal que esa vez compartimos. Pero eso podía llegarme a mí solo. Y a ella, si me atreviera a dárselo a leer. Claro, los dos recordaríamos la tarde en que caminamos por la larga playa, callando, esperando con angustia alegre lo que iba a ocurrir. Supongo que hablábamos cosas banales. Ninguna rompía el silencio.

En aquel silencio, de pronto, ella y yo nos sorprendimos al notar que mi mano tomaba la suya. Ni siquiera tuve que decir:

—Te quiero.

Luego, cuando traté de evocar lo en aquel poema en prosa, todo se difuminaba como si una ola hubiera empapado, emborronado, el papel y apenas quedaran unas cuantas letras, legibles y no. Sucedió lo mismo que ahora: releo y no encuentro lo que acabo de escribir. Solo que esa vez mi impotencia me dio risa, y fui hasta donde ella estaba, y le dije:

—Eres mejor así.

Me preguntó:

—¿Cómo?

Contesté:

—Real.

Mi intento de poema quedó ahí, vago, desvaído, sobre el escritorio.

Pero yo no sentía ese desgano de hoy, que me trasmína el cuerpo como si fuera...

(Líneas tarjadas.)

...Serían las diez, las once: no teníamos hora. El reloj, en mi muñeca, estaba a leguas de distancia. Ni sé si le había dado cuerda (qué ganas de retener el tiempo). Hablábamos. El mundo era una maravilla alrededor. Estaba puesto para eso. Nos rodeaban cosas, hechos insólitos: los pájaros de siempre haciendo lo de siempre; las hojas de los abedules iguales a sí mismas; el cielo limpio, con una insinuación de nubes. Y lo más extraordinario: ella y yo nos amábamos, y estábamos juntos. No sé, no sé; escribo y todavía no sé cómo decir nada. De pronto se dio vuelta y me dijo:

—Si me muero antes que tú...

—No sigas.

Se me apretaba el corazón. Su enfermedad ya comenzaba a minarla.

—Quiero decirte...

—Y yo no quiero oírte.

Habló atropellando las palabras, para que no la estorbara:

—Si me muero antes que tú, sigue viviendo y trabajando.

—Pe...

—Necesito que me lo prometas.

—¿Qué te ha...?

—No voy a volver a hablarte de eso.

No quería escucharla. No quería haberla escuchado si-
quiera. Me estremecía de miedo. Pero ella insistió:

—Prométeme.

Me sonaba macabro. Por evitar que insistiera le di la pro-
mesa, acelerando para pronunciarla sin pronunciarla.

Ella rozó mi mejilla y sonrió al ver mi temor supersticioso.

—¿Ves?

No veía. No veo. Seguir vivo, seguir trabajando. No
puedo dejar de pensar en el muro que tengo ahí al frente, como
una respuesta. El muro, el farol, y este cielo de noche, casi inexis-
tente. Escribo todo esto y lo siento tan nada. Ni yo mismo reco-
nozco lo que me ocurre, al releer la forma en que lo anoto. Empecé
a llenar estas carillas con la esperanza, sí, de hacer lo que me pidió.
Un cuento, igual que antes escribía cuentos. Igual: por si acaso:
por si logro contar algo al contar. Y aquí estoy, contándome lo mío
y no logro (ni intento) contarlo. Es como si mi pluma se moviera
sola... Tampoco.

Uno de mis hijos suspira, dormido, en su cuarto. Dormidos,
los dos. ¿Por qué uno de ellos no habrá sido mujer, para que guarda-
ra los rasgos, la voz, rastros de ella? Pienso y lo rechazo. No quisiera
más ella que ella. El recuerdo de lo que... (Palabras tarjadas).

...y mis hijos no son compañía. Mis padres ya no son com-
pañía. Ya no hay compañía. Suelo jugar con los niños, quererlos
con cierto desgarro. Me alegro a la fuerza para evitarles que su-
fran. ¿Se puede evitar? ¿Alguien tiene derecho a evitar? (Palabras
tarjadas).

Escribir para ellos, ¿será ese un camino?

Trato de escribir:

La mirada del chico era honda. Sus manos, aún suaves, aca-
riciaban con ternura las ásperas pieles de los caballos.

O mejor:

Los panaderos no entendían a ese niño de aspecto tan

manso, que día tras día llegaba, puntual, a sentarse en la acera, mirando salir a los carros con el pan recién hecho...

No puedo.

Llevo páginas de reflexiones incoherentes. Recuerdo la frase de un viejo maestro: «Palabras sacan palabras. Si no te salen, escribe cualquier cosa y ya irán viniendo». Inútil. Lo mío me llena, y sin embargo aun eso me rehúye. La angustia no es viva. Es un lastre que intento arrastrar. Extraño: veo al niño del cuento, como siempre me ocurre con mis personajes. Pero a este lo veo como quien ve una foto. Inmóvil, borrosa. Tampoco la imagen es viva. Ni siquiera se niega a ser: simplemente no es...

Estoy muy cansado. Quizá sea bueno que camine un rato. Lo único que podría hacer esta noche es seguir divagando, dando vueltas y vueltas a mi único tema...

Si ella estuviera aquí, me diría:

—¿Vas a dejarlo?

Su sola pregunta me daría fuerzas para seguir. Seguir vivo y seguir trabajando. Cumplir mi promesa. Pero ella no está. Solo es una herida. Si estuviera aquí, tal vez le dijera:

—No voy a dejarlo. Es que hoy...

Sí, pienso: acaso de vuelta. Andaré un poco por las calles, que ahora están solas y libres. Entonces podría ser que pueda. Mañana, si no.